

ENTREVISTA/JOHN SOLMON

"El arte musical no es lo que está escrito en las partituras"

Claudia Aguilar/
MORELIA

El arte musical no es lo que está escrito en las partituras, es lo que se escucha en el instante, y por ello, ningún intérprete puede basar su labor en seguir literalmente lo que alguien creó, de acuerdo con su contexto y su propio ser, en otro tiempo. Un intérprete debetener la audacia y el conocimiento suficiente para cambiar lo establecido, para hacer del arte una epifanía que devuelva la pasión a quien lo escuche, dice John Solmon (1954, Texas, Estados Unidos).

Con una formación filosófica y, en los terrenos musicales, a la vez clásica y contemporánea, el pianista y catedrático en la Universidad de Carolina del Norte en su país de origen se pronuncia por la libertad de los intérpretes y por el conocimiento pleno del arte del sonido.

Reconocido por sus interpretaciones de la música clásica y el jazz, pero sobre todo, por sus improvisaciones al piano, Solmon, entrevistado durante su corta estancia en el Conservatorio de las Rosas de Morelia, recuerda su entrada plena a la música, tras desistir de seguir "dos caminos" por un hecho central: la muerte de Martín Heidegger. "Ésa era mi vida anterior, cuando tenía 18 años y buscaba estudiar en Alemania para poder asistir a sus ponencias... pero se murió en 1976. De todos modos fui, porque tenían un conservatorio muy bueno, dos años después".

-¿Le inspira o se relaciona la filosofía con su labor actual?

"Sí, en cada momento, porque la filosofía es la búsqueda de la verdad, del mejor entendimiento, y de trascender lo que está escrito. Hace un par de años descubrí dos obras para piano de (Sergio) Prokofiev (creo que ambas son Op. 45), tituladas *Las cosas en sí*, que es una frase de Emmanuel Kant

y me encantó, por esa su relación tan concreta con la filosofía. Entonces, busco la trascendencia, la verdad, la epifanía, es un hecho filosófico principal para la música y el pensamiento, no hay diferencia".

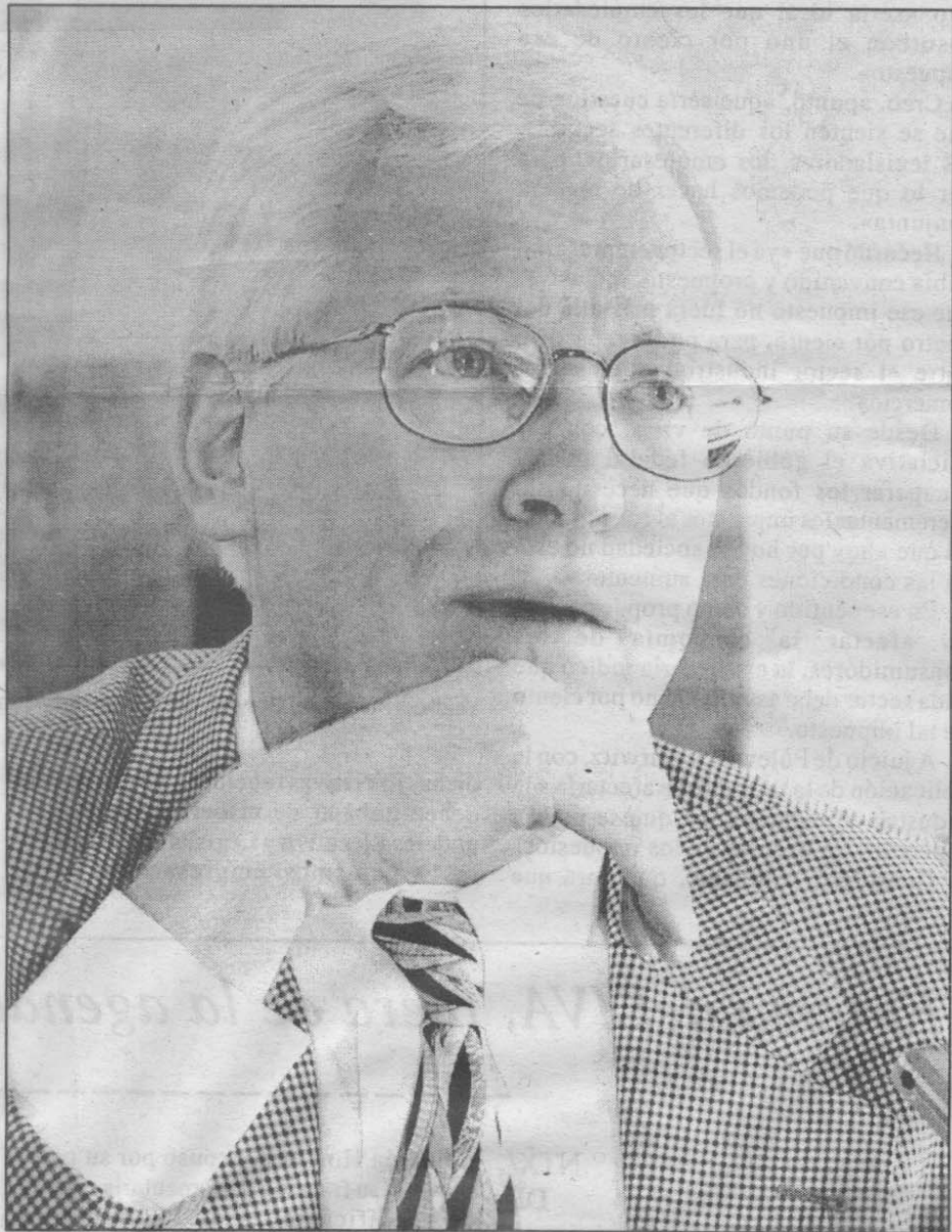
Así, la filosofía y su formación en la Juilliard School de Nueva York, una de las escuelas con tendencias más modernistas en su acercamiento a las artes, han hecho del pianista "una mezcla, como México, que tiene muchas cosas", aunque hay una verdad central: "Creo mucho en interpretar, sea música clásica o jazz, como si estuviera creando algo nuevo. Creo en vivir espontáneamente", expresa.

Aunque "tenga el aspecto de un profesor típico de las universidades de Estados Unidos, de esas personas que viven del cerebro, y es verdad, pertenezco a ese grupo", añade: "Mi verdad está en vivir.

Además, estoy casado con una española y nací en 1954 en Forthwords Texas, justo en la época prederechos civiles.

"Recuerdo muy bien que cuando tenía seis años acompañé a mi madre al supermercado y vi dos fuentes de agua, una tenía una placá que decía Blancos y otra Negros; yo le pregunté por qué y ella, que no es racista pero pertenecía a la cultura de la segregación, me respondió: Seguramente porque la fuente donde dice negro no está tan limpia".

Desde ahí, "siempre he tenido simpatía por los negros y por su música. Me encanta avergonzar a mis compañeros tocando jazz, porque cuando lo hago bailo con el cuerpo, porque me siento negro, aunque sea de los más blancos que hay. Me encanta, porque es la posibilidad de trascender mi tipo, que es el de un hombre correcto que toca música clásica", indica.



John Solmon./ALFREDO DESGARENNES

-¿Y qué hay en esa trascendencia?

"Mi propia voz como intérprete. Para mí, hay poca distinción entre ambos géneros, porque lo fundamental es crear en el momento. Con el jazz siempre estás improvisando, es la sorpresa y, opino, la música clásica debe tener ese factor de la *primera vez*; la mayoría de los intérpretes tiene la idea de que tocar, por ejemplo, una sonata de Mozart, es recrear, no *hacer*. Es tener una cierta reverencia al texto y al compositor. Yo la tengo, pero no significa tocar lo que está escrito, eso es necesario pero no suficiente: para mí es empezar a hacer algo nuevo, por eso cambio algunas notas de las partituras, eso sí, con conocimiento, buen entendimiento del estilo, buen gusto... imaginación; es decir, no quiero tocar una sonata como la tocó alguien más, sino como sólo yo puedo hacerlo, pues creo que la obra de arte no es lo escrito en una partitura,

sino lo que pasa en el momento de la actuación. Está viva".

Esta percepción se basa en lo que Solmon llama "la estética del literalismo", que es hacer las cosas exactamente iguales, "y que no existe en la interpretación, pues aun si tocas lo escrito de manera formal, siempre habrá una variante. La historia de la música está repleta de grandes improvisadores: Domenico Scarlatti, Bach, sus hijos, Mozart, Beethoven (él comenzó su carrera como un gran pianista improvisador).

"Es decir, las obras de aquellos compositores, incluso en Chopin y Liszt, tienen espacios para ello. Es más, creo que si Beethoven hubiera tocado su obra, habría improvisado, lo mismo con Mozart. Entonces, si ellos lo hacían, por qué no puedo yo".

-Justo. ¿Por qué no se puede?

"Bueno, se habla de la perfección, ¿pero qué quiere decir perfección y literalismo? Creo que es mejor tocar una obra que cautiva, emociona, que explota en el oyente, que le lleva a tener una epifanía, a tener una música literal. Yo odio la música agradable o esa que suena en los ascensores y los supermercados, pues creo que ésta, más si es de los grandes compositores, debe hacer vibrar a quien le escuche. Ésa es la gran responsabilidad de cualquier intérprete y no estoy hablando de cambiar las notas sin un conocimiento profundo, sino de un cambio en la filosofía de su papel. Yo pienso que ontológicamente, estoy al mismo nivel que el compositor, sí, los reverencio, pero no quiero tocar lo escrito y nada más. Eso es una perversión de la música. Se trata entonces de asumir la responsabilidad de tocar sus obras y de tener una actitud para cambiar las notas de vez en cuando; no es falta de respeto, es hacer la obra de arte más viva en el momento".

-Entonces, si busca una verdad en la música, ¿es la libertad?

"Sí. La verdad es una palabra bonita, pero cuando toco, lo que quiero es que el que está enfrente sienta algo, que tenga una reacción corporal. Entonces, si es la búsqueda, ésa es. La música es total, intelectual sí, pero también emocional y ahí es donde debe tocar al público. Cuando escucho música, me emociono hasta el ridículo, pero la música me es tan exquisita, y a la vez tan peligrosa, que me hace vivir intensamente".

Para cerrar, al público le diría que busque entender el lenguaje, expresa Solmon: "Hay que tener una manera de recibir los lenguajes del arte. En la música, se puede empezar con ir a los conciertos, es una forma de familiarizarse con ella, pero depende de la sensibilidad y el interés de cada uno, aunque sea importante".